

MIGUEL GIUSTI / PEPI PATRÓN (editores)

# EL FUTURO DE LAS HUMANIDADES

Las humanidades del futuro

## Capítulo 16



FONDO  
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

*El futuro de las humanidades, las humanidades del futuro*  
Miguel Giusti y Pepi Patrón (editores)

© Miguel Giusti y Pepi Patrón, 2010

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Diseño, diagramación, corrección de estilo  
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: agosto de 2010

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-10828

ISBN: 978-9972-42-936-1

Registro del Proyecto Editorial: 31501361000410

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa  
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## FORMACIÓN HUMANISTA PARA EL DESARROLLO HUMANO

Fidel Tubino  
Pontificia Universidad Católica del Perú

La idea central que propongo en esta intervención es que el desarrollo de un país presupone e implica un tipo especial de educación al interior de la cual la formación humanista e interdisciplinaria ocupa un lugar central. El desarrollo debe ser entendido no solo como crecimiento económico sino como desarrollo humano, es decir, como desarrollo de capacidades y, por ende, de calidad de vida de la gente. Hay dos modelos de formación humanista. El primero, universalista, es marcadamente autocentrado y etnocéntrico, sacraliza las tradiciones propias y por lo mismo no dispone de una mirada autocrítica y de una apertura auténtica al reconocimiento de los aportes procedentes de las culturas no occidentales. Como si, de entrada, el «otro» no tuvieran nada importante que aportar a la llamada «cultura universal». Este modelo es cerrado en su concepción y pobre en su aplicación. No es el modelo de educación que el país y que mundo de hoy necesitan. El segundo modelo, abierto y sensible a las diferencias, es aquel que basa la *Bildung*, la formación integral en el sentido clásico, es decir, la *paideia*, en el respeto a la autonomía de las personas y en el reconocimiento positivo de la diversidad cultural<sup>1</sup>. Lo que propongo y sustento en este texto es que este segundo modelo formativo es el que ocupa un lugar medular en el tipo de educación que el desarrollo humano de un país tan complejo y diverso como el nuestro requiere.

El desarrollo humano, según Amartya Sen, consiste en la ampliación de las oportunidades de la gente para mejorar su calidad de vida, es decir, para ejercer sus derechos y poder ser felices, de acuerdo a las diversas concepciones que tienen de entender la felicidad. Sin embargo, no todas las concepciones de la felicidad ni todos los modelos de vida buena nos motivan a ejercer con responsabilidad nuestros derechos ciudadanos o nos impulsan a ser mejores como personas, es decir, a realizarnos humanamente.

---

<sup>1</sup> Es a este modelo al que se refiere por ejemplo Martha Nussbaum en su obra *El cultivo de la humanidad. Una defensa clásica de la reforma en la educación liberal*, Barcelona: Editorial Andrés Bello, 2001.

Pero, ¿qué se entiende por «realización humana» desde el enfoque del desarrollo de capacidades? La realización humana la entiende Amartya Sen en términos aristotélicos, como *eudaimonía*, como «florecimiento humano», es decir, como la actualización plena de las potencialidades valiosas de las personas. Amartya Sen habla de capacidades y funcionamientos en el mismo sentido en que Aristóteles habla de potencias y actos. «[...] Aunque en el momento en que propuse este enfoque —nos dice— no me di cuenta de sus relaciones aristotélicas, es interesante observar que la palabra griega *dynamis*, que Aristóteles empleó para tratar un aspecto del bien humano y a la que a veces se traduce como “potencialidad”, puede traducirse también como “capacidad para existir o actuar”»<sup>2</sup>.

En términos de Sen, el florecimiento humano no es otra cosa que el proceso mediante el cual vamos paulatinamente colocando en funcionamiento —de la manera más plena posible— aquellas capacidades que tenemos razones para valorar. La formación humanista es básicamente formación de capacidades y de disposiciones éticas. Formar no es lo mismo que capacitar. Las personas nos capacitamos para aprender a usar herramientas de trabajo, para adquirir habilidades nuevas. La capacitación tiene pues un valor instrumental. No se propone la realización de las personas. La formación sí, tiene por ello un valor intrínseco. La capacitación profesional es una parte de la formación humana, no la reemplaza.

La formación humana abarca —además de la educación de las capacidades intelectuales y de las habilidades instrumentales de las personas— la educación de sus sensibilidades y la formación ética del carácter y, dentro de esta, la educación para la ciudadanía. La formación ciudadana ocupa un lugar central en la formación integral, es lo que le da sentido a la formación profesional.

La formación humanista —decíamos— está comprometida con el florecimiento humano de las personas, con que logren ser todo aquello que pueden ser, con que desarrollen aquellas capacidades que tienen razones para valorar, no solo con nuestra capacitación profesional. Se basa en un compromiso más amplio. El saber desempeñarse bien en el mundo del trabajo es una parte importante de la realización de las personas, pero la especialización profesional no asegura la felicidad. Esta depende de otros factores, que tienen que ver directamente —más que con la adquisición de capacidades— con el uso que hacemos de ellas. Una buena formación es la que nos educa para usar de manera adecuada nuestras capacidades y recursos. Un uso instrumental adecuado de nuestras habilidades presupone un conocimiento profundo de nuestros fines últimos, pues solo de esa manera podremos evitar reemplazarlos por

---

<sup>2</sup> Sen, Amartya, «Capacidad y bienestar», en: *La calidad de vida*, México: FCE, 1996, p. 54.

medios. Pero el conocimiento de los fines es insuficiente. Hay que tender hacia ellos para intentar alcanzarlos.

Como decía Aristóteles en la *Ética a Nicómaco* no basta el conocimiento de la amistad para ser un buen amigo, ni el conocimiento de la justicia para ser justos. Es necesario formar los hábitos, las predisposiciones del carácter, las orientaciones básicas de las personas. Esta es la esencia de la formación ética. Mientras que la capacitación profesional es una educación para el trabajo, la formación ética es una educación para la convivencia. Ambas son complementarias y necesarias. No se tiene que optar por una o por otra. Hay que saber conjugarlas. Por ello es importante cultivarlas juntas. Eso es justamente lo que se propone la formación humanista.

Recordemos que el modelo de formación humanista e interdisciplinaria que estamos proponiendo —que es condición y parte del desarrollo humano— busca proporcionarle a las personas los recursos necesarios para que puedan mejorar su calidad mejorando la calidad de vida de los demás. El desarrollo humano no es compatible con el individualismo liberal. Es un proyecto societario que promueve la participación política de la sociedad civil, la libertad cultural, la inclusión de la diversidad en la vida pública. La calidad de vida es pues un asunto que no se restringe al bienestar individual.

## Desarrollo humano y calidad de vida

La calidad de vida no es tampoco —como se suele pensar hoy en día— un asunto exclusivamente de bienestar material. Aunque lo abarca no se limita a él.

El bienestar humano incluye el bienestar anímico, este es su centro. El bienestar material tiene sentido solo si contribuye al bienestar anímico, tiene pues un sentido instrumental, no final. La calidad de vida de las personas se mide por su nivel de bienestar anímico, por su capacidad de ser —en el plano de los hechos— felices. Es importante por ello no confundir los medios con los fines. La calidad de vida, que es lo mismo que el bienestar, es un asunto complejo.

Y ¿qué es calidad de vida? El concepto es multívoco, polivalente. La propuesta de Sen —que comparto— es que «la calidad de vida debe evaluarse en términos de la capacidad para lograr funcionamientos valiosos»<sup>3</sup>. Si la calidad de vida está en función del nivel de realización humana, entonces, a mayor actualización de capacidades, mayor calidad de vida. En clave aristotélica, habría que decir que la calidad de vida es directamente proporcional al nivel de felicidad de la gente que, desde esta perspectiva, es lo mismo que su nivel de realización.

---

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 56.

Sin embargo, lo más común es identificar la calidad de vida con la obtención de medios. Como si el acceso a los medios fuera suficiente para alcanzar el fin. El problema no es simple, porque los medios se pueden usar para fines legítimos o para fines ilegítimos. Sus usos o abusos están determinados —muchas veces de manera inconciente— por los modelos de vida y las jerarquías de valores que hemos asimilado de manera prerreflexiva en nuestros procesos de socialización. Estos modelos actúan y se evidencian en nuestras actitudes y nuestras orientaciones básicas. No todas las jerarquías de valores nos permiten un uso adecuado de los medios. Hay jerarquías de valores que colocan a los medios como fines y de esta manera los eclipsan, y hay otras jerarquías de valores que colocan a los medios en su justo lugar.

Así, en las actuales sociedades de consumo existentes —la nuestra es una de ellas— el ser (por ejemplo, profesional) se valora en tanto nos permite ampliar nuestra capacidad de hacer, para poder tener más bienes socialmente valorados. Dicho de manera sintética, el ser y el hacer se encuentran subornados al tener. De esta manera, se consagra una distorsión ética: lo que es medio —el acceso a bienes— se coloca con fin, y el fin —el ser mejor— se coloca como medio.

La hegemonía —en la cultura global— de la cultura del consumo, atraviesa todas las culturas y es cada vez más dominante. Por «cultura del consumo» entiendo aquella que hace del consumo de bienes valorados socialmente el fin último de la convivencia y el criterio universal de la calidad de vida. Es una cultura que coloca la racionalidad instrumental por encima de la racionalidad comunicativa, que confunde los medios con los fines, y que genera un gran malestar fruto del eclipsamiento de los fines últimos<sup>4</sup>. Des-realiza a las personas, las torna ajenas a sí mismas, por ello genera infelicidad en medio de la bonanza, malestar en medio del bienestar. Algunos autores que ha profundizado más en el significado de esta cultura del consumo muestran con claridad que se trata de una «cultura del narcisismo», es decir, del «autocentramiento» de la persona en su propio bienestar, del encapsulamiento en lo privado, una cultura de la enajenación de lo social, de lo público<sup>5</sup>. Es una cultura socialmente perniciosa porque merma la calidad de la convivencia y le resta sentido al ejercicio de la ciudadanía.

La calidad de vida como realización, depende no solo del acceso a medios o bienes, sino sobre todo de lo que hacemos y llegamos a ser con el acceso a ellos. Dicho de otro modo, de la idea de felicidad que determina sus usos. O de los modelos de vida buena que deseamos y que la mayor parte de las veces no elegimos de manera libre sino que asimilamos acríticamente del entorno. La calidad de vida, la realiza-

<sup>4</sup> Cfr. Taylor, Charles, *La ética de la autenticidad* y Larsch, *La cultura del narcisismo*.

<sup>5</sup> Cfr. *Ibid.*

ción humana, depende no solo del acceso a bienes, sino sobre todo de los códigos normativos y modelos de vida que hemos internalizado y se expresan en nuestras formas de convivencia y en nuestras actitudes básicas. Eso es lo determinante. De allí la importancia que tiene la formación ética del carácter.

El desarrollo humano tiene que ver directamente con la ampliación de libertades, o, más específicamente, con la capacidad que dispone la gente para realizarse, es decir, para poner en acto aquellas capacidades que tiene razones para valorar. O, en otras palabras, para vivir de acuerdo a la manera que las personas han escogido libremente de entender la felicidad.

### **Desarrollo humano y formación humanista basada en la autonomía**

La perspectiva del desarrollo humano se basa en la intuición de que los seres humanos tenemos la capacidad de escoger lo que queremos ser. Que somos plenamente humanos cuando dejamos de ser pasivos receptáculos de lo que encontramos y nos convertimos en agentes innovadores de nuevos cursos en el mundo. Ser autónomos es ser agentes responsables de nosotros mismos. La capacidad de agencia es por ello, según Sen, la capacidad propiamente humana. De su desarrollo depende nuestra realización. Sin embargo, los seres humanos realizamos nuestras opciones desde contextos específicos, condicionados por nuestra cultura de pertenencia y por nuestra ubicación socioeconómica. Los márgenes de libertad de opción en este sentido son bastante más estrechos de lo que parecen. Pero existen. Si bien es cierto que nuestras pertenencias culturales condicionan nuestras mentalidades y nuestras opciones de vida, la cultura no es destino, fatalidad. «[...] No hay muchas dudas acerca de que nuestro bagaje cultural ejerce una influencia bastante importante en nuestro comportamiento y en nuestra forma de pensar, así como en la calidad de vida de la que gozamos». Sin embargo, es conveniente añadir que «[...] hay buenas razones para incluir la libertad cultural entre las capacidades humanas que los individuos valoran»<sup>6</sup>. Libertad cultural quiere decir, poner en funcionamiento la capacidad de elegir lo que deseamos ser y cómo queremos vivir, capacidad para elegir nuestras jerarquías de valores, nuestros modelos de vida, nuestra cultura de referencia. En una palabra, libertad para construirnos con autonomía una identidad personal, para ser agentes de nuestros proyectos de vida y de los proyectos societales en los que participamos activamente como ciudadanos.

El desarrollo humano busca ampliar las libertades de la gente para que puedan ejercer sus derechos y realizarse humanamente de la manera más plena posible. Las

---

<sup>6</sup> Sen, Amartya, *Identidad y violencia*, Buenos Aires: Katz, 2007, pp. 155-157.

personas se realizan como agentes y «la realización de una persona como agente consiste en la consecución de metas y valores que tiene razones para procurarse»<sup>7</sup>. Concentrémonos por un momento en el sentido de la libertad como libertad «para realizarse y de esta como «libertad de agencia». Si la libertad «para realizarse» es la puesta en funcionamiento de nuestra «capacidad de agencia», nuestra capacidad de agencia tiene que ver con nuestra capacidad para innovar deliberadamente con los otros cursos nuevos en la historia. Un grupo de campesinos que se reúnen para conformar una mesa de diálogo y alcanzan una propuesta de desarrollo innovadora y con legitimidad social al municipio local están desarrollando su capacidad de agencia. «La expresión “agente” a veces se emplea en la literatura sobre economía y sobre la teoría de los juegos [...] Aquí no utilizamos el término “agente” en este sentido, sino en el más antiguo —y elevado— de la persona que actúa y provoca cambios»<sup>8</sup>.

En el más antiguo sentido el término agente está asociado no al trabajo —la fabricación de útiles— o la labor —la satisfacción de las necesidades— sino a la praxis. La praxis es la puesta en acto de nuestra capacidad de «actuar», es decir, de convivir concertadamente mediante el ejercicio del diálogo y la deliberación<sup>9</sup>.

Actuar, en su sentido más general, significa tomar una iniciativa, comenzar (como indica la palabra griega *archein*, “comenzar”, “conducir”, y finalmente “gobernar”), poner algo en movimiento (que es el significado original del *agere* latino)<sup>10</sup>.

Mediante la puesta en acto de nuestra capacidad de tomar iniciativas —*agere*: capacidad de agencia— generamos cursos nuevos en la historia. La puesta en acto de nuestra capacidad de agencia es la esencia de la ciudadanía. Un ciudadano pasivo es una contradicción, o la ciudadanía es activa o no es ciudadanía. La formación humanista basada en el respeto a la autonomía privilegia por ello la educación ciudadana. No es una educación individualista, autocentrada en la subjetividad, busca por el contrario fortalecer los vínculos de los individuos con la comunidad política a partir del fortalecimiento de sus vínculos comunitarios, y no a pesar de ellos.

La formación humanista para el desarrollo humano tiene, por ello, que plantearse el problema de cómo formar a las personas para desarrollar su capacidad de agencia, cómo hacer para que dejen de ser pasivos receptores de ideologías o doctrinas y se conviertan en agentes libres y responsables de sus destinos. Necesitamos formar

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 71.

<sup>8</sup> Sen, Amartya, *Desarrollo y libertad*, Buenos Aires: Planeta, 2000, p. 36.

<sup>9</sup> Hannah Arendt realiza una importante diferencia en la vida activa entre el laborar, el trabajar y el actuar (la praxis). Sen, creo, con su noción de agencia se está refiriendo no a la labor o el trabajo sino a la acción.

<sup>10</sup> Arendt, Hannah, *La condición humana*, Barcelona, Buenos Aires y México: Paidós, 1998, p. 201.



agentes respetuosos de la pluralidad capaces de deliberar con los otros para innovar con ellos proyectos inclusivos de la diversidad que amplíen las oportunidades de la gente para ejercer sus derechos y poder realizarse de acuerdo a sus libres opciones.

### **Desarrollo humano y formación humanista abierta a la diversidad**

El desarrollo humano busca crear oportunidades para que la gente pueda construir de manera libre y participar de manera responsable en proyectos de desarrollo local y regional sensibles a las desigualdades y a las diferencias. Este es su compromiso básico. En sociedades pluriculturales como la nuestra, los proyectos de desarrollo humano de capacidades no pueden continuar siendo concebidos desde fuera, culturalmente autocentrados, como si los beneficiarios de los proyectos fueran menores de edad que no tienen nada significativo que aportar, salvo su participación. El desarrollo, bien concebido, es un asunto de ciudadanía, tienen que incluir al otro como agente del proceso desde un inicio. Y para ello se requiere que los profesionales que salen de las universidades se involucren en la problemática de la injusticia social y cultural de país, que la conozcan y que hayan recibido una formación humanista que los haga capaces de valorar al otro en su justa dimensión.

Una formación humanista abierta a la diversidad debe empezar por flexibilizar culturalmente los contenidos curriculares. En este sentido, creo que promover, no imponer, no solo el inglés, sino también el estudio de alguna lengua autóctona en la formación universitaria es muy saludable.

El estudio del quechua y del aymara y de los demás idiomas nativos no solo debe servir para la investigación y la difusión de nuestras valiosas culturas autóctonas, sino como uno de los factores para seguir construyendo un Perú lejos de separatismos suicidas, más unido, más coherente, con el debido respeto a sus distintos grupos históricos y a la altura de los tiempos que vivimos y de los que vienen<sup>11</sup>.

Pero el estudio de las lenguas autóctonas es insuficiente. Hay que interculturalizar los currículums sabiendo que:

[...] el estudio de las culturas no occidentales es extremadamente desafiante. Las culturas no son monolíticas ni estáticas. Contienen muchas tendencias, presentan conflictos y rebeliones; evolucionan en el tiempo y van incorporando nuevas ideas, algunas veces de otras culturas [...] Las culturas no occidentales son mezclas complejas, que a menudo incorporan elementos originalmente extranjeros.

---

<sup>11</sup> Basadre, Jorge, *Perú: problema y posibilidad* (Ensayo de una síntesis de la evolución histórica del Perú, con algunas reconsideraciones, cuarenta y siete años después), 4ta. edición, Lima: Fundación M. J. Bustamante, 1994, p. 294

Esto también ocurre en nuestras tradiciones, y un aspecto por el que se estudiarán esas culturas será para comprender cuánto nos han aportado. La influencia cultural no fluye (solamente, ni siquiera) en un solo sentido<sup>12</sup>.

El estudio de las culturas no-occidentales al interior de una formación humanista interdisciplinaria abierta a la diversidad no debería limitarse únicamente a la antropología o a la lingüística. Creo en este sentido que los que trabajamos desde las humanidades tenemos mucho por conversar al respecto. Necesitamos ser más autocríticos. Eso es algo que ha faltado en este evento. Una mirada más justa de las culturas no occidentales —incluyendo nuestras culturas amerindias— nos va a permitir vernos desde una perspectiva más amplia.

[...] Lograr esta especie de ventajosa perspectiva autocrítica de la historia no implica que se deje de lado la crítica sobre las prácticas y creencias de las culturas no occidentales o de representarlas como libres de toda dominación y tergiversación. Significa percibir nuestros proyectos de simplificación, de evasión y autoevasión en nuestra manera de relacionarnos con otras culturas<sup>13</sup>.

### **Formación humanista para el desarrollo humano en la educación superior**

Actualmente, en la educación superior se suele establecer una falsa oposición entre educación especializada y formación integral. En realidad, tal oposición no tiene por qué existir. Existen universidades que desde el primer momento les ofrecen a sus estudiantes la posibilidad de insertarse en una determinada especialidad y la adornan con cursos sueltos de humanidades. En el mejor de los casos, según este esquema, los estudiantes egresan con una buena capacitación profesional pero con una deficiente formación interdisciplinaria y una defectuosa educación ética y ciudadana.

Existen otras universidades que les ofrecen a sus estudiantes en los primeros años una formación humanista e interdisciplinaria básica y, al mismo tiempo, la posibilidad de irse iniciando progresivamente en una determinada especialidad. Es lo que llamamos, según una denominación clásica, los Estudios Generales. Lo que estos primeros años de formación le permiten al estudiante es, primero, poder elegir su futuro profesional con mejores elementos de juicio de los que contaban al inicio y, a la vez, la posibilidad de cultivar otras dimensiones de su personalidad, de empezar a formarse como ciudadana o ciudadano, y de disponer de un enfoque más complejo y amplio de la realidad que le ha tocado vivir. Son años de estudios interdisciplinarios y de inicio

<sup>12</sup> Nussbaum, Martha, *El cultivo de la humanidad*, Barcelona: Andrés Bello, 2001, p. 160.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 159.

paulatino en una línea de especialización. Este proceso formativo que se inicia en los Estudios Generales no acaba con ellos. De allí que es importante que en los estudios de pregrado los estudiantes puedan continuar desarrollándolo, ampliándoseles, por ejemplo, la gama de posibilidades de llevar cursos en otras especialidades además de la elegida. No debemos olvidar que la especialización bien entendida, si bien es un proceso largo y complejo, es un asunto básicamente del post-grado. El enfoque interdisciplinario sí es ventajoso retormarlo a nivel de programas de pos-doctorado, en torno a la investigación de temas y asuntos «naturalmente» interdisciplinarios. Temas como la interculturalidad del país o el estudio del desarrollo humano son temas naturalmente interdisciplinarios cuya comprensión requiere del aporte especializado de historiadores, economistas, geógrafos, psicólogos, sociólogos, antropólogos, lingüistas y filósofos, entre otros. Pero, para que el diálogo interdisciplinario sea fructífero y no se convierta en desencuentro multidisciplinario es necesario disponer de una base compartida, un común denominador. Eso es justamente lo que proporciona la formación humanista interdisciplinaria de la que estamos hablando.

Para que la formación humanista rinda los frutos que se esperan de ella en la educación superior, debe estar ubicada de manera intensiva al inicio de los estudios y de manera extensiva —o en diagonal como suele decirse hoy día— durante todo el proceso educativo. Tiene que ser el foco de atención central de los primeros años de estudios pero no debe limitarse a ellos. Los procesos formativos son largos en el tiempo pues involucran la educación no solo del intelecto, sino también la formación del carácter y de la sensibilidad; y ello, toma mucho tiempo.

En lo que a formación intelectual se refiere, tendría que continuarse con la apertura interdisciplinaria, aunque con menor intensidad —pero definitivamente en mayor grado de la que actualmente existe— a lo largo de las especialidades del pregrado. En lo que a formación ciudadana y formación de la sensibilidad se refiere, se tendría que permitir un número limitado de créditos electivos de libre disponibilidad destinados a actividades de responsabilidad social y talleres de creación artística a lo largo del pregrado. No hay que perder de vista que lo que se busca con las especializaciones en el marco de una formación de corte humanista y abierta es algo que requiere del corto y del largo plazo. La tarea es difícil y compleja, pero al mismo tiempo bella.